

Casi á un mismo tiempo llegaron á la Viga las canoas en que iban Pedro y Juana.

Aquel escogió para saltar á tierra, el embarcadero.

Juana mandó á su remero que avanzara hasta el Puente de la Leña.

La noche habia cerrado completamente: el cielo estaba negro como un terciopelo.

Pocos instantes despues, Pedro, embozado hasta los ojos en su manta, atravesaba la plazuela de San Pablo, con direccion á su casa, diciendo interiormente.

—Si están juntos, morirán.

Y se perdió entre las calles como el génio del mal entre los pliegues del manto de la noche.

—¡Es preciso avisarle del peligro que corre su vida!

Exclamaba Juana desembarcando en el Puente de la Leña, y dirijiéndose, acompañada de su madre, á la casa de Enrique.

CAPITULO XXIII.

Fluctuar entre dudas.

Dejemos á Juana y Pedro, dirijiéndose aquella á la casa de Enrique, y el segundo á la suya con objeto de sorprenderle, y retrocedamos á los momentos en que María y Matilde, inquietas por la suerte de Miguel, habian comprado el impreso en que se leian los nombres de los oficiales heridos y muertos en la accion perdida por Armijo.

María cogió el papel temblando y lo abrió.

Matilde fijó los ojos en el semblante de su querida hermana, para leer en él la noticia exacta que sin duda se revelaria en sus facciones.

La primera, semejante al enfermo que desea saber la gravedad de la enfermedad, y que sin embargo, teme que el médico le desáucie, pasaba los ojos como sobre áscuas, sin fijarlos casi sobre los nombres de la lista, terminando la lectura con una prontitud admirable.

—¿Qué dice?

Preguntó Matilde con ansiedad, viendo que María respiró tranquila.

—Aun no sé—contestó su hermana, sintiendo latir su corazón con violenta fuerza.—Apenas me he atrevido á leer los nombres: sin embargo, en la rapidez con que en globo he visto las letras, no he encontrado el nombre de Miguel.

—¡Respiro!..... Véamoslo ahora mas detenidamente.

Y las dos jóvenes, como si la primer lectura hubiera servido de descubierta para reconocer el campo, pasaron nuevamente la vista, y con mas detenimiento, por los renglones.

—No hay nada.

Dijo Matilde, respirando con libertad.

—No está su nombre.

Exclamó María, irradiando su semblante de alegría.

Y el papel volvió á ser leído por la tercera vez.

Las dos hermanas se miraron con esa ternura que embarga la existencia despues de un fausto é inesperado acontecimiento, y se abrazaron en prueba del mútuo parabien que se daban, y vertiendo un raudal de consoladoras lágrimas, que se mezclaban como se unian los delicados sentimientos de sus celestiales almas.

Enlazadas y tiernamente conmovidas las dos jóvenes, cayeron de rodillas, impulsadas por un mismo sentimiento, ante un magnífico cuadro de la Virgen Dolorosa que adornaba la estancia, y ambas elevaron fervorosas su corazón, al trono de la Madre de Dios, dándole gracias por el favor que les dispensaba.

El delicado semblante de la Virgen, parecia sonreir con maternal cariño, acogiendo benévola y amante, las dulcísimas pala-

bras que pronunciaban los sonrosados labios de aquellos dos interesantes seres.

Pero al sentimiento del placer, causado por no hallarse el nombre de Miguel en la lista de los muertos, sucedió el del temor, nacido de la ignorancia de su paradero.

—Pero si no ha muerto, si no está herido— exclamó María alzándose afligida— ¿dónde se encuentra?... ¿Ha sido tal vez de los fusilados?....

Y un grito de horror se escapó de los labios de la joven.

Matilde, que no estaba preparada á oír aquella observacion, se estremeció violentamente, y ambas hermanas, poseidas de espanto y de terror, se abrazaron sin poder dominar su miedo.

—¡Ah!... ¡qué idea tan espantosa ha cruzado por tu imaginacion, María...!—dijo Matilde, procurando sobreponerse al mismo pensamiento de que estaba dominada.—¡Fusilado!... ¡Ah!... no: las funestas noticias se suelen comunicar muy pronto. Si hubiera caido prisionero, se sabria: los pocos que

se han salvado, convienen en que se retiraba defendiendo.

—¿Y no pudo morir entonces, ó caer prisionero y ser fusilado?....

Y María se cubrió el rostro con ambas manos: luego, movida por un sentimiento religioso, tan natural cuando nos aflige alguna terrible tribulacion, alzó los ojos cubiertos de lágrimas al cielo, exclamando con el acento del dolor mas profundo.

—¡Madre mia, tú que habitas la region de los ángeles, y ves la amarga pena de tu amante y desventurada hija, ruega á Dios no me guarde el funesto golpe que acabaria con mi vida!.... La súplica de una madre es siempre acepta al Divino Salvador. Decidle, pues, madre mia, que tenga piedad de mis hondas penas, del dolor que me mata, y él os oirá: sí, él escuchará vuestros ruegos, y salvará á Miguel.

Y María, al concluir estas palabras, quedó en un religioso recogimiento: en su faz brillaba la pureza de los ángeles, y en su mirada el sentimiento de la fe que prestaba á su semblante ese tinte espiritual que ro-

dea á la mujer de una belleza mística, suave, indefinible, que nos conmueve, que nos interesa, que nos cautiva.

Matilde la contemplaba de hito en hito, como al ángel de la oracion rogando por los desdichados.

Un silencio profundo reinaba en la estancia.

El aire que respiraban, parecia impregnado de un delicioso aroma, emanado del aliento maternal de la mujer que velaba desde el cielo por la felicidad de sus dos inolvidables hijas.

Nada interrumpia aquella religiosa escena.

María y Matilde oraban.

La imágen de la Dolorosa parecia protegerlas.

Una sombra se dibujó de repente á la entrada de la pieza.

La figura de un indio apareció en seguida.

Era Pablo que se detuvo al dintel de la puerta, sin atreverse á entrar para no interrumpir aquel bellissimo cuadro del amor fraternal.

Pero sus pasos habian llegado al oido de María, que volvió la cabeza.

—¡Pablo!....—exclamó corriendo hácia el indio, y abrazándole como si viese á una persona de su mayor cariño.—¡Vive Miguel!.... ¿dónde está?... ¡habla, habla, por Dios!....

—Sí, señorita, vive.

María y Matilde se abrazaron sin poder pronunciar una palabra, embargadas por el exceso del placer.

—Vive—continuó Pablo—y estará aquí dentro de un instante.

—¡Pero dónde ha quedado!....—repuso María con una ansiedad sin límites—¿dónde se encuentra!....

—Véalo su merced.

Contestó el indio, señalando á su amo que llegaba en aquel momento.

—¡María!... ¡Matilde!.... ¡queridas primas!....

Dijo Miguel, arrojándose sobre las dos hermanas, y estrechándolas contra su corazon.

—Por fin estás á nuestro lado.

Exclamó María, fijando sus bellos ojos, arrasados en lágrimas, en su amado primo, y dudando aún en su felicidad.

—Y para no separarnos jamas.

—¿Será posible?

—Sí, María, para no separarme de tí, que eres un ángel de virtud y de cariño, de amor y de belleza, de abnegacion y de piedad.

María creyó morir de placer al escuchar aquellas palabras, que le hacian vislumbrar un paraíso de ventura, un eden de inefable felicidad.

El lector conoce cómo amaba María á Miguel; y si sabe lo que es amor, si ha sentido latir alguna vez su corazón á impulsos de ese purísimo sentimiento que es la vida del individuo y de la creacion, poderoso imán de atraccion que une las almas de dos seres hasta identificarlas y confundirlas, comprenderá todo el placer que debia embargar el alma de aquella jóven, que solo habia vivido alimentando una esperanza que en aquel instante cobraba las seductoras proporciones de la realidad.

—Siéntate, Miguel, siéntate en medio de tus dos amantes primas, que no han tenido un instante de tranquilidad desde la infausta noticia de la derrota de Armijo.—Dijo María, haciendo que su primo se sentara entre ella y Matilde.—¿Por qué ha sido tu tardanza?... ¿Por qué has llegado el último de tus compañeros?

Miguel estrechó entre sus manos las de sus cariñosas primas, y les refirió cuanto sabe el lector hasta el momento de los tiros que alarmaron á Luisa.

—Al despedirme de Fernando—continuó Miguel—prometiéndome la libertad de Pablo, esperé á éste á un lado del camino. A los pocos minutos le ví llegar corriendo y asustado. “¿Qué tienes, Pablo?” le pregunté, notando su espanto.—¡Ay! señor amo, acabo de ver conducir á varios oficiales de los prisioneros, que van á ser fusilados: corramos, señor amo, antes que se opongán los pintos á la generosidad de D. Fernando.

La advertencia de Pablo me pareció prudente, y apretamos el paso.

A los pocos instantes oímos la descarga, que debió privar de la vida á tantos compañeros valientes, á cuyo lado habia combatido.

Matilde y María se estremecieron de espanto.

—¡Ah!.... ¡Miguel!.... exclamó la segunda—deja, deja esa carrera peligrosa que expone tus preciosos días.

—¿Tú lo quieres, María?

Dijo Miguel, con el acento del mas profundo cariño.

—Te lo suplico.

Contestó María, enviándole una de esas miradas de celestial ternura, á las cuales nada se puede negar, á las que es imposible resistir.

—Bien, la dejaré mientras se ventilen cuestiones de familia, cuestiones de partido; pero la volveré á abrazar tan pronto como lo exija la defensa de la patria.

—¡Gracias, Miguel, gracias!....

Exclamó la joven, trasportada de gozo por la dulce condescendencia de su primo.

—Nada te puedo negar, María; tus con-

sejos, tus palabras, serán para mí, desde hoy agradables preceptos, que me complaceré en acatar.

Matilde leyó en aquellas breves expresiones de Miguel, su amor hácia María, y por lo mismo, la realizacion del bello ideal de su querida hermana, cuya felicidad estimaba aun mas que la suya propia.

El corazón de aquella mujer, antes tan exigente, iracundo y zeloso, habia sufrido un cambio radical, completo. Su bien, estaba cifrado en el bien de su hermana, y todos sus votos, todo su anhelo, se dirijian á su ventura.

Miguel y María lo comprendian así: y mientras la segunda le indicaba en la expresion de su mirada, la gratitud intensa de su tierno corazón, el primero le dirijia las mas sentidas palabras de reconocimiento, de admiracion y de cariño.

Pablo presenciaba aquella escena, lleno de satisfaccion y de alegría, desde un rincón de la pieza, pero se acordó de que algo

tenia que desempeñar, y acercándose á Miguel con el sombrero en la mano, le dijo:

—¿Le parece á su merced que parta á ver en el acto á D. Enrique, para avisarle de que dentro de pocos dias deberá llegar D. Fernando con su hermana?

—Sí, cumple con ese encargo que tanto me recomendó, diciéndole que tenga dispuesta y arreglada la casa de la plazuela de San Fernando.

El fiel indio partió sin detenerse, mientras Miguel, rodeado de sus primas, acariciaba en su mente mil risueñas ideas que le hacian olvidar sus pasados trabajos.

CAPITULO XXIV.

Un combate á muerte.

Juana entraba desconsolada en casa de sus amos. No habia encontrado á Enrique, y esto la tenia inquieta y pesarosa.

Entretanto, Pedro, recatado el rostro con la manta, y metido el sombrero de anchas alas hasta las cejas, atravesaba con paso rápido, la lúgubre plazuela de Loreto, como el cazador que trata de sorprender al tigre en su cueva.

Al llegar á la esquina del vasto colegio de las Inditas, se detuvo un momento meditando si seria mas conveniente continuar derecho, ó rodear por la calle de San Pedro